

Rev. Teol. Arequipa - Setiembre 2020 - año 23 n°.48

DOI:

## **CRISTIANOS EN TIEMPOS DE PANDEMIA<sup>1</sup>**

**Raúl Pariamachi ss.cc.<sup>2</sup>**

### **Resumen**

El fenómeno de la pandemia se constituye en un hecho biopolítico a discernir desde la fe cristiana. En este artículo se analizará desde tres aspectos. Primero se abordará críticamente el imaginario religioso que espontáneamente surge con la experiencia de esta pandemia. Luego se revisará la experiencia eclesial que suscitó la pandemia, con la transformación de la manera de relacionarnos. Esta revisión se realizará desde el principio de la reforma de la iglesia, el criterio de la pastoral y la prioridad de los pobres. Se finalizará con una reflexión sobre la solidaridad global como desafío del mundo al orden actual.

Palabras clave: Covid-19, imaginario religioso, iglesia, solidaridad

### **Abstract**

The Covid-19 pandemic has to be considered as a biopolitic fact to be discerned from the point of view of our Christian faith. This article tackles three questions related to the pandemic. First it will critically

---

1 Recibido el 14.09.2020. Aceptado el 20.09.2020. Versión original publicada en *La Revista Católica. Santiago: Arzobispado de Santiago – Vicaría para el Clero.* n°. 1206 (2020) p. 38-42.

2 Religioso y sacerdote de la Congregación de los Sagrados Corazones. Magíster en Teología y licenciado en Filosofía. Ha publicado *El horizonte de la fe. El tema de Dios en la obra de Gustavo Gutiérrez* (2003). Ha sido párroco en Ayaviri, formador de profesos y maestro de novicios. Actualmente es provincial de su congregación para Colombia, Ecuador, Perú y Puerto Rico, presidente de la Conferencia de Religiosas y Religiosos del Perú, y profesor de teología en el Instituto Superior de Estudios Teológicos “Juan XXIII (Lima).

analyze the religious imaginary that spontaneously surged with this pandemic. Then the experience in the church will be examined, especially the way we now relate to each other. This will be done through the lenses of the reform principle, the pastoral criterium and the priority of the poor. The third part will study the global solidarity that the present world order requires now.

**Keywords:** Covid-19, Religious Imaginery, Church, Solidarity

El fenómeno de la pandemia se constituye en un hecho biopolítico a discernir desde la fe cristiana; al respecto, quisiera enfocarme aquí en tres aspectos: el imaginario religioso, la experiencia eclesial y la solidaridad global.

## **1. El imaginario religioso**

En su novela *La Peste*, Camus relata la tragedia de la peste bubónica que azotó a Orán. Entre los personajes figura el padre Paneloux, un jesuita erudito que tuvo a cargo el sermón de clausura de la semana de oración. El padre trató de demostrar el origen divino de la peste y el carácter punitivo del azote. En alusión a las plagas de Egipto, predicó que Dios pone a sus pies a los orgullosos y a los ciegos. Cuando la peste se agudizó, el sacerdote teólogo decidió integrarse al equipo sanitario. Una escena clave es cuando presencia la terrible agonía de un niño, cuyos gritos lo hicieron caer de rodillas. Meses después predicó otro sermón. Ya no se le vio tan seguro, afirmó que no había que intentar explicarse el espectáculo de la peste, sino aprender de ella. Con respecto a Dios había unas cosas que se podían explicar y otras que no. Si es justo que el libertino sea fulminado, el sufrimiento de un niño no se puede comprender. Había que empezar a avanzar entre las tinieblas y procurar hacer el bien. Camus concluye que “la religión del tiempo de peste no podía ser la religión de todos los días”(Camus 2020).

Las reacciones y las explicaciones de un creyente ante la pandemia

hacen evidente su modelo de Dios. No se trata solo de una imagen de Dios, sino de un modelo en el sentido de un constructo complejo que integra imágenes, metáforas y conceptos sobre Dios. El modelo plantea una serie de preguntas acerca de Dios: ¿qué forma de amor sugiere este modelo de Dios?, ¿qué actividad, trabajo o doctrina está asociado al mismo?, ¿qué implicancias se derivan con respecto a la conducta de los seres humanos? Cuando un creyente dice que el Covid-19 es un castigo de Dios por los pecados del mundo, se puede reconstruir no solo la imagen que tiene de Dios, sino su modelo en un sentido más integral y complejo (McFague 1994: 14). Por supuesto, también intervienen otros factores biográficos, psicológicos y culturales.

Es innegable que la Biblia usa el lenguaje del castigo divino, sea contra los adversarios de Israel (Ex 11,1-5) o contra el pueblo de Israel (2Cro 7,12-14); incluso en el Nuevo Testamento se reitera que Dios castiga o corrige (*paideiō*) a los que ama (Hb 12,5-7). La lectura crítica de la Biblia exige asumir que es palabra de Dios en palabras humanas, que los autores inspirados escribieron desde su tiempo, lenguaje y cultura. Esto explica que dentro de la Biblia se perciba una evolución en la comprensión de la revelación de Dios, como en el caso del castigo divino; por ejemplo, Job cuestiona que el sufrimiento sea siempre un castigo de Dios. Por lo demás, el lenguaje sobre Dios usa la analogía como una interacción entre la semejanza y la diferencia. Se dice que Dios es padre (semejanza), pero no un padre simplemente humano (diferencia), sino padre en grado superlativo. No se puede llevar la analogía al absurdo diciendo: como un padre castiga a su hijo porque lo ama, así Dios nos castiga porque nos ama.

Es cierto que en la tradición de la Iglesia se ha utilizado el lenguaje del castigo de Dios aplicado a los males en el mundo: en los padres de los primeros siglos, los papas y los santos, así como en las revelaciones privadas (es el caso de la tercera profecía de Fátima). Al respeto, es relevante advertir el desarrollo tanto en la enseñanza de la Iglesia como en la religiosidad de los pueblos, en asuntos doctrinales y en temas

morales. Es evidente que el imaginario del castigo divino tuvo un rol pedagógico para vivir la fe en otras épocas, pero es insostenible en el presente siglo. Ya Tomás de Aquino decía: *“En el Nuevo Testamento hay algunos carnales que no llegan aún a la perfección de la ley nueva, a los cuales fue preciso inducir a las obras de virtud con el temor de los castigos y con algunas promesas temporales”*<sup>3</sup>.

Es probable que parezca razonable aplicar la lógica del castigo a las acciones de Dios, como en el caso de una pandemia. Si Dios es justo sería lógico que premie con bienes y que castigue con males. Lo haría para advertirnos, corregirnos o curarnos. Como el padre sádico que azota a su hijo mientras le dice: “¡Esto me duele más a mí que a ti!”. Ante la pregunta de ¿qué es el castigo en la lógica de Dios?, el cardenal Ratzinger contestó: *“Dios no nos hace el mal; ello iría contra la esencia de Dios, que no quiere el mal”* (Ratzinger 2001). Las causas de todos los males que aquejan al planeta radican en el sistema natural o en la acción humana.

Es saludable que los cristianos nos neguemos a interpretar la pandemia en términos de pecado, culpa y castigo, sumando el horror religioso al pánico social de nuestros tiempos. El hecho de que algunos sigan entendiendo la enfermedad como castigo divino es señal de una religión inmadura. Sostener que la pandemia es castigo de Dios es *“ignorar el mensaje bíblico de la misericordia de Dios e invertir el mensaje gozoso del Evangelio convirtiéndolo en un mensaje de amenaza, instrumentalizar a Dios como garante de las propias representaciones morales y decir más sobre sí mismo y la propia imagen de los valores y de Dios que sobre el Dios del anuncio cristiano”* (Sanders 2007: 386). Más todavía, en algunos casos se ha transitado de lo ideológico a lo psicótico.

---

3 Tomás de Aquino, Suma teológica I-II, q. 107, a. 1, ad. 2.

## **2. La experiencia eclesial**

Uno de los hechos más significativos de esta pandemia ha sido el cierre de las iglesias, que ha generado reacciones contrapuestas en los últimos días. Sabemos que el cierre afecta a un elemento esencial de la vida eclesial como es la comunión de los fieles, expresada en el encuentro físico para la celebración de la fe, la oración, la formación o el servicio. Por lo tanto, en un primer momento vimos cómo se cancelaban las agendas pastorales de las parroquias, los movimientos y las comunidades. Sin embargo, al poco tiempo se produjo la multiplicación de la transmisión de celebraciones de misas, adoraciones, reflexiones y rosarios a través de las redes sociales. Ha sido como si este cierre temporal de los templos hubiese despertado a la Iglesia que vive en las casas, por lo que se ha hablado mucho de Iglesia doméstica. Tal vez como pocas veces hemos podido intuir qué significa que la parroquia sea -en cierto sentido- *“la misma Iglesia que vive entre las casas de sus hijos y sus hijas”* (Juan Pablo II 1988: n. 26).

Han llamado la atención las críticas a las transmisiones, de parte de algunas personas de “dentro” y de “fuera” de la Iglesia católica. Las críticas que provienen de dentro rechazan la prolongación mediática de un sistema clerical que refuerza la pasividad de los laicos, donde el sacerdote es el protagonista y los laicos son los espectadores. Se olvida que no es posible abandonar el servicio de la celebración de la fe, mientras se trabaja en la reforma de la Iglesia. Se desconocen además las iniciativas que hubo para la participación más activa de los laicos, dentro de unas condiciones limitadas. Las críticas que provienen de fuera expresan más bien el malestar del sector más secularizado del país, sin que se pueda descartar alguna molestia por la visibilización inesperada de la Iglesia católica en las redes sociales.

En todo caso, más allá de las posiciones a favor o en contra de las transmisiones, será oportuno situar el hecho como un ejemplo de la

respuesta que ha dado la Iglesia en el campo de las celebraciones litúrgicas (sin olvidarse que hubo otras actividades de la pastoral social), al punto que en este momento muchas comunidades eclesiales están planificando la pastoral en las eventuales condiciones de una prolongada emergencia sanitaria. En efecto, es posible que el aislamiento social obligatorio se extienda por algunas semanas más y es probable que el restablecimiento de las reuniones lleve algunos meses. De seguro que en las comunidades se aprovecharán los recursos virtuales para las reuniones, la formación bíblica, la catequesis sacramental, la consejería espiritual o la asistencia social, entre otras cosas. Pero más allá de las circunstanciales limitaciones para el encuentro físico, cabe preguntarse si acaso estamos asistiendo a un cambio más profundo en la Iglesia, en un planeta alterado por esta epidemia. Muchos compartimos la intuición de que el fenómeno mundial del Covid-19 hará más actuales las orientaciones programáticas del papa Francisco para la conversión pastoral de una Iglesia misionera en salida hacia las periferias humanas. Al respecto, quisiera simplemente recordar un principio, un criterio y una prioridad para la vida de la Iglesia.

*El principio de la reforma de la Iglesia.* La Iglesia debería estar en continua reforma (es *ecclesia semper reformanda*). De hecho, el papa Francisco destaca que el Concilio Vaticano II presentó la conversión eclesial como la apertura a una permanente reforma de la Iglesia (Francisco 2013 EG 26). En el momento actual cabe advertir que toda reforma eclesial se genera en una tensión positiva entre el regreso a las fuentes y los signos de los tiempos. Así mismo, tenemos que considerar que toda reforma se realiza interviniendo en tres niveles al mismo tiempo: en los contenidos de conciencia colectiva (visiones), en la forma de las relaciones internas (relaciones) y en las estructuras y las funciones en las que se expresa el cuerpo social (estructuras) (Nocetti 2018: 541). Por lo tanto, cuando hablamos de reforma de la Iglesia no hablamos de un maquillaje de la piedad popular, sino de cambios radicales que afectan todos los niveles de su vida.

*El criterio de la pastoral en la Iglesia.* Un criterio clave de la transformación de la Iglesia es la *pastoralidad*, que supone una relación constitutiva entre el testimonio del Evangelio y sus destinatarios, receptores o interlocutores, teniendo en cuenta su historia y su cultura (Theobald 2018: 461). Esto significa que el criterio de la pastoral sugiere la cuestión de ¿quiénes son a partir de ahora los destinatarios reales de la evangelización de la Iglesia? ¿Las parroquias, los movimientos y las comunidades seguirán siendo los mismos después de esta pandemia? No desconocemos las iniciativas que ha tenido la Iglesia durante esta crisis; sin embargo, también es verdad que el Covid-19 ha puesto en evidencia nuestras teologías arcaicas, nuestra esclerosis litúrgica o nuestras apatías sociales. Como ha dicho el cardenal Baltazar Porras (Venezuela), “*si la iglesia del postcoronavirus vuelve a ser la de antes, no tiene futuro*”.

*La prioridad de los pobres y la Tierra.* Escuchar los clamores de los pobres y de la Tierra es la prioridad pastoral de la Iglesia. Ya se pueden prever las consecuencias socioeconómicas del Covid-19, especialmente sobre las familias más pobres. Se anuncia que la pandemia dejará por lo menos 500 millones de nuevos pobres en el mundo (35 millones en América Latina). Por otra parte, vamos tomando conciencia de que “*la pandemia del coronavirus nos revela que el modo como habitamos la Casa Común es pernicioso para su naturaleza*” (Boff 2020: 38). Nunca es tan actual la insistencia que hace el papa Francisco sobre la interrelación entre los pobres y la Tierra (Francisco 2015: LS 48); sabemos que la pandemia afectará de una manera particular a los más débiles del planeta.

### **3. La solidaridad global**

Algunos se han preguntado ¿por qué sobrevivió el cristianismo en el mundo antiguo? Entre varios factores, viene al caso destacar el *habitus* de los cristianos, comprendido como un comportamiento visible que permitía afrontar con esperanza los problemas en el mundo. El cristianismo se configuró como una religión en respuesta a las crisis, al

punto de orientarse al bienestar de la ciudad. Esta virtud se encarnaba en una forma de vida caracterizada por la paciencia. En el siglo II Tertuliano escribió que la diaconía social de las comunidades cristianas a favor de los pobres, los huérfanos y las viudas, hacía que los paganos exclamaran: “¡Miren cómo se aman unos a otros!” (*Apología* 39, 7). Esta admiración crecía al ver que la solidaridad se extendía a los de fuera de la Iglesia (Kreider 2017).

La pandemia está cuestionando en buena medida las “virtudes” del orden capitalista, como la producción sin límites, el consumo sin límites y la ganancia sin límites, que sabemos van de la mano con la indiferencia ante los clamores de los pobres y de la Tierra. El Covid-19 ha puesto en evidencia que el modelo de desarrollo social en el que vivimos se está agotando, al punto que se habla de la agudización de la triple crisis del capitalismo: sanitaria, económica y climática; al respecto, el presidente de Francia reconoció que la pandemia ha revelado que la salud pública no es una carga onerosa sino un bien precioso que debe quedar fuera de las leyes del mercado. En este sentido, es curioso que quienes minimizaron el Estado en nombre del libre mercado, ahora exijan que el Estado salve hasta a las empresas privadas. Es urgente recuperar las virtudes públicas, como la responsabilidad, el cuidado, la humildad, la paciencia y la solidaridad. Entendemos que el aislamiento o el distanciamiento son urgentes por ahora, pero no son suficientes para construir una sociedad distinta.

Paolo Costa ha dicho que la ciencia puede ayudarnos a superar la crisis de la pandemia solo en un cincuenta por ciento:

*La otra mitad depende de nuestra capacidad para atesorar esa sabiduría (secular o religiosa, no importa) que nos ha enseñado durante milenios que los seres humanos tienen dentro de ellos, y gracias a su capacidad para tejer relaciones, recursos suficientes para desarrollar lo mejor de sí mismos. (Costa 2020: 76)*

En lo que nos toca, la tradición cristiana ha cultivado una sabiduría religiosa expresada en el potencial humanizador de la Iglesia, que se debería actualizar en la conciencia de que somos seres de relación, que estamos llamados a cuidar unos de otros. No es casual que Jürgen Habermas diga que, en la crisis del Covid-19, no es una cuestión trivial la idea religiosa de que todos formamos una comunidad universal y fraternal, donde cada uno de sus miembros merece un trato justo. (Habermas 2020: 119 s.)

Se dice que la visión del mundo que creó la crisis no puede ser la misma que nos saque de la crisis; así como no podemos seguir con el estilo de vida de la producción, el consumo y la ganancia sin límites, tampoco podemos continuar con el aislamiento de los países, sino que tenemos que caminar hacia una solidaridad mundial y una gobernanza mundial, que permitan enfrentar una crisis global con una respuesta global. La solidaridad cívica de los ciudadanos ante esta pandemia, debería tener su correlato en una solidaridad global a diferentes niveles. En esta línea, Yuval Noah Harari ha sugerido al menos cinco acciones: compartir información confiable entre las naciones; coordinar la producción mundial y la distribución equitativa de equipo médico esencial; enviar médicos, enfermeras y expertos a los sectores más afectados; constituir una red de seguridad económica mundial para salvar a los países más afectados; y formular un acuerdo mundial sobre la preselección de viajeros, que permita que un pequeño número de personas esenciales siga cruzando las fronteras (Noah 2020: 82).

Por otra parte, asumo que ha llegado el momento de que la Iglesia católica potencie su carácter universal y su vocación ecuménica. Las iglesias locales constituyen una red global que permite que circule la información y se generen iniciativas para enfrentar la crisis de esta pandemia. Al mismo tiempo, en la Iglesia existen órdenes, congregaciones o asociaciones con alcance mundial, que permiten la canalización de los aportes hacia las personas más afectadas por el Covid-19 en el planeta. La Iglesia está llamada más que nunca

a interactuar con todas las personas de buena voluntad, en un ecumenismo amplio. El papa Francisco se ha puesto a la cabeza de los católicos con la creación de la comisión anticrisis, como expresión de “*la preocupación y el amor de la Iglesia por el conjunto de la familia humana ante la pandemia del Covid-19*”.

En el siglo III una epidemia azotó a Cartago, en el norte de África. La Iglesia local venía sufriendo por hostilidades externas y conflictos internos. La comunidad cristiana respondió a la crisis no realizando actos de culto para aplacar a los dioses, sino actuando para socorrer a la gente que sufría. El obispo Cipriano se dirigió a la asamblea haciendo memoria del sermón de Jesús en la montaña (cf. Mt 5,43-48). No intentó explicar la peste, sino recordó a su gente la bendición de la misericordia: como creyentes tenían el *habitus* de la ayuda mutua, así que no arrojarían a las calles a sus hermanas y hermanos en la fe. Pero Cipriano sorprendió a sus oyentes, al decirles que tenían que practicar la misericordia también con sus perseguidores: una invitación a ampliar los horizontes para amar a los vecinos paganos. Esta historia muestra que el cristianismo de entonces no se asimiló a la religión “pública” (funcional al sistema), ni a la religión “privada” (asistencia entre iguales), sino se situó como una religión en respuesta a las crisis. ¿Seremos ahora una Iglesia en respuesta a la crisis?

## **Referencias**

*BOFF, Leonardo*

(2020) “*Coronavirus: autodefensa de la propia Tierra*”, en Víctor Codina y otros, *Covid19. Santiago: MA-Editores. p. 38.*

*CAMUS, Albert*

(2020) *La Peste. Barcelona: Penguin Random House, edición para Kindle.*

*COSTA, Paolo*

(2020) “*Somos frágiles, pero no indefensos: el cambio es posible*”, Marcelo Alarcón Álvarez [Ed] *Covid-19. Santiago: MA-Editores. p. 76.*

*FRANCISCO*

(2013) *Exhortación apostólica Evangelii gaudium sobre el anuncio del Evangelio en el mundo actual. n. 26.*

(2015) *Carta encíclica Laudato si' sobre el cuidado de la casa común*. n. 48.

HABERMAS, Jürgen

(2020) “*Nunca habíamos sabido tanto acerca de nuestra ignorancia*”, Marcelo Alarcón Álvarez [Ed] Covid-19<sup>2</sup>. Santiago: MA-Editores. p. 119s.

JUAN PABLO II

(1988) *Exhortación apostólica post-sinodal Christifideles laici sobre la vocación y la misión de los fieles laicos en la Iglesia y en el mundo*. n. 26.

KREIDER, Alan

(2017) *La paciencia. El sorprendente fermento del cristianismo en el Imperio romano*. Salamanca: Sígueme. p. 86-94.

McFAGUE, Sallie

(1994) *Modelos de Dios. Teología para una era ecológica y nuclear*. Santander: Sal Terrae. p. 14.

NOAH HARARI, Yuval

(2020) “*La mejor defensa contra los patógenos es la información*”, en Marcelo Alarcón Álvarez [Ed] Covid-19<sup>3</sup>. Santiago: MA-Editores. p. 82s.

NOCETI, Serena

(2018) “*Estructuras para una Iglesia en reforma*”, en *Concilium* 377. p. 541.

RATZINGER, Joseph

(2001) *Entrevista después del 11-S Difundida en «Radio Vaticana» en 2001 y traducida por la agencia Zenit: <http://www.zenit.org/es/articles/entrevista-al-cardenal-ratzinger-despues-del-11-s>*

SANDERS, Frank

(2007) “*El sida: ¿castigo de Dios? Sobre la sobrecarga metafísica de un fenómeno biológico*”, en *Concilium* 321. p. 386.

THEOBALD, Christoph

(2018) “*La osadía de anticipar el futuro de la Iglesia*”, en *Concilium* 377. p. 461.

TOMÁS DE AQUINO,

*Suma teológica I-II, q. 107, a. 1, ad. 2.*